

XIV Certamen Literario Conmemorativo a los Mártires de la UCA
2021

Género: Cuento

Título: Los perros, la obsesión y la sangre

Pseudónimo: Gabriel Pasternak

Los perros, la obsesión y la sangre

*«Esperemos lo que deseamos,
pero soportemos lo que acontezca».*
Cicerón

Adopté a mi perro a finales del año pasado. Lo adopté por una razón que todavía hoy no logro comprender. A lo mejor fue por eso que algunos llaman compasión o por un extraño impulso que todavía no logro descifrar.

Lo recogí de la calle, malherido y lo llevé al médico de animales (pude llevarlo a un médico de personas, pero nunca he sido un tipo tan cruel) quien operó sus ojos, pero no logró recuperar su ojo derecho. Luego de aquello, pensé que lo más indicado sería encontrarle un hogar, pero nadie quiere a un perro tuerto, por lo que decidí quedármelo por un tiempo indefinido mientras se me ocurría qué hacer con él.

Las primeras semanas no resultaron difíciles. El perro meneaba la cola mientras se curaban sus heridas, y yo cambiaba su vendaje de vez en cuando para evitar que se infectara. Debo admitir que no soy un tipo dedicado, por lo que el animal sufrió un poco, pero se recuperó.

Habitó la casa, los muebles, la cocina y la vivienda decidió también quedárselo. María Elena, mi empleada de servicio, mostró reservas los primeros días de su estadía, pero al comprobar la naturaleza pacífica del animal, terminó por aceptarlo.

Ciertamente no hallé inconvenientes con una criatura que sabía dónde y cuándo hacer sus necesidades. No representaba problema alimentarlo: no era un perro grande. Tampoco era un animal melindroso y se adaptó fácilmente a todas las circunstancias que lo rodeaban, incluyéndome. Lo sacaba a pasear dos veces al día y en muy pocas ocasiones lo sorprendí gruñéndole a otro animal. De hecho, no ladraba mucho que digamos. Percibí, eso sí, una manía obcecada por buscar toda clase de infortunios, y comprobé que la prudencia no era su mejor cualidad: se posaba en lugares donde sufría accidentes, husmeaba en rincones peligrosos (una vez atascó la cabeza en la verja de una vecina, otra casi lo atropella un autobús

porque se le ocurrió defecar a media calle) y llegué al fastidio de tener que rescatarlo regularmente de sus imprudencias. Para entonces, que hubiera perdido un ojo ya no me resultaba nada extraño.

Sin embargo, como sucede en las relaciones entre bestias y personas, el trato constante hizo que mis hábitos calaran poco a poco al animal: su avidez por las desgracias disminuyó con el tiempo y comenzó a despertarse más tarde de lo habitual, bebía cerveza siempre que se la ofrecía y se acercaba únicamente a las perras gordas y feas. Durante las semanas siguientes, comencé a experimentar también una sensación indefinible, como de levedad, como si las cosas a mi alrededor perdieran gradualmente la atrocidad que siempre las había caracterizado, como si debajo de aquel cascarón, la vida se me revelara mucho más llana, más simple, menos complicada y más estúpida.

*

El primero de aquellos episodios fue hace más o menos un mes en casa de los Solórzano. Mi forma de hablar a esas alturas ya había llamado la atención de María Elena y mis compañeros de trabajo, pero no fue hasta el incidente con los Solórzano que comencé a intuir una extraña trasmutación operándose en lo más hondo de mi ser.

Con un presente para Lito y su mujer, llegué media hora antes de lo indicado. Teníamos menos de un año sin vernos y me entusiasmaba saber cómo iba la vida del tipo a quien le debía tanto, no solo su amistad, sino por los negocios que habíamos cerrado para la compañía en la que trabajaba. Luego del saludo, pasamos al comedor. Lito me mostró con orgullo su nueva colección de cucharitas de plata, su barbacoa último modelo y el elegante juego de sala que había adquirido la semana anterior. También me presentó a su perrita, una *french poodle* blanca que no dejó de ladrarme tan pronto me asomé por el jardín.

Ya habíamos iniciado la cena cuando, sin pensarlo, sin quererlo si quiera, cometí la indiscreción de preguntar por la antigua señora Solórzano. Mis anfitriones rieron. Tomaron el asunto con naturalidad. Y trataron de ocultar el malestar que les

había aguijoneado la conciencia (sobre todo ella, una mujer sin hijos que había hecho lo posible por casarse con un hombre quince años mayor y con una familia que todos creímos feliz). Yo conocía a Lito desde la secundaria y sabía que nuestra confianza era profunda, pero no lo suficiente como para dejarme pasar una imprudencia como aquella. Intentó bordear el asunto, salirse por la tangente, entroncar un recuerdo con otro, pero mi insistencia fue tal que... ¿Qué era de Lola? ¿Cada cuánto ves a los niños? ¿No la estarán pasando mal? ¡Qué mujer Lola! ¡Admirable Lolita! ¡La mejor mujer que yo haya conocido!

Luego de eso, recuerdo a Lito levantándose de las solapas y echándose de su casa sin mayores contemplaciones.

Pese a la debilidad que me embargó en un principio, me sentí complacido, satisfecho por la carga de cinismo que llevaban mis palabras y por la expresión idiota que logré dibujar en aquella pobre y desafortunada mujer.

Me eché a reír.

Aquella noche, conduje a casa con el hambre entre las tripas. Como María Elena no se hallaba en servicio, me tuve que conformar con los sobrantes del día anterior. Me senté en el piso, frente al televisor y consumí los despojos recalentados que quedaban en compañía de mi perro. Éste me meneó la cola, me miró con su único ojo y le pasé la mano por la cabeza.

Le ofrecí el resto del recalentado que me quedaba.

*

El segundo episodio ocurrió a finales del mes pasado, mientras me conducía a la oficina, a pocas cuadras de mi trabajo. Una raquítica manifestación callejera se hacía sentir con petardos, pancartas y altavoces. Un centenar de jóvenes marchaban gritando consignas sobre unos estudiantes masacrados hacía 50 años e iban tapizando de pintas las paredes y portones que encontraban a su paso. Sorprendido, saqué la cabeza del auto para leer con curiosidad un par de ellas: *¡Educación primero para el hijo del obrero! ¡Contra el fraude electoral, huelga general! ¡Fuera explotadores de la clase trabajadora!*

A escasos metros de donde yo estaba, vi a un tipo idéntico a Skinny Pete que terminaba de escribir el siguiente verso en el muro de una agencia bancaria: *¡El corazón sin tus manes es mi enemigo en el pecho!*

Volví a experimentar aquella sensación etérea que me colmó en la casa de los Solórzano. Leí de nuevo el grafiti y recuerdo que pensé ¿cómo pueden escribir tal mal estos jóvenes universitarios de hoy en día? Estacioné el auto y corrí hasta donde el sujeto estaba, quien se volteó con violencia cuando le hice la observación. Me miró desconcertado. Contempló la pared unos segundos y me dio la espalda al percatarse que la muchedumbre lo estaba abandonando. Entonces, me imaginé volviendo esa misma madrugada a corregir esa pinta, a corregir la mayoría de grafitis que esa turba de analfabetas había estampado en las paredes con tanto ahínco, me imaginé escribiendo mis propias consignas con la misma necesidad imperiosa con la que ellos lo hacían. *¡Prohibido arrojar basura a la calle! ¡Ceda el paso, animal! ¡Maneje con precaución, inútil!*

Durante un buen rato, lo confieso, fantaseé con todo aquello... y luego de imaginarlo, lo realicé.

Escribir en las paredes jamás me había resultado tan fascinante luego aquella noche. En mi interior algo me decía que había hecho lo correcto. De regreso a casa me sentí feliz, liviano, no sólo porque había cumplido con mi objetivo, sino porque había hecho algo que creía necesario. A la mañana siguiente, imaginé, miles de conductores leerían anonadados mis mensajes escritos sin ningún error ortográfico. Abrirían los ojos y recibirían mis palabras como un llamado urgente a la acción.

Se me ocurrió luego que podría seguir haciendo más grafitis en lugares estratégicos dedicados especialmente a los odiosos políticos del momento, al perverso aumento de los impuestos, e incluso, mensajes dedicados a las clicas criminales que asolaban ciertas zonas de la capital.

Tenía planeado iniciar aquella misma semana, pero de repente, María Elena me golpeó con una noticia brutal: mi pequeño perro había desaparecido. ¿Cómo

era eso posible? ¿Quién demonios lo había dejado escapar? Salí a buscarlo en los lugares donde solíamos pasear todas las mañanas: el parque, el estacionamiento, la cancha de fútbol y no lo hallé por ningún lado. Se me ocurrió poner un aviso en el periódico del municipio, pero cuando regresaba a casa, desanimado, lo encontré defecando muy cerca de ahí. ¡Era él! ¡Mi pequeño perro tuerto! Lo llamé por su nombre y corrió feliz hasta mis brazos. Me contempló con expresión bondadosa y yo le juré que nunca más me volvería a separar de él.

Al regresar a casa, me vi obligado a despachar a mi empleada por un tiempo indefinido.

*

El último evento se produjo hace un par de noches, en el parque, cerca de mi casa, y me pareció tan irreal que por un momento creí estar soñando.

Recuerdo haber abierto los ojos y encontrarme encima de una perra, con los pantalones hasta las rodillas y con una jauría furiosa mordiéndome la cara y los pies. Ya habían cortado mis tobillos y se disponían a arrancarme el pantalón cuando me puse de pie y corrí con el dolor punzándome las articulaciones.

Al llegar a casa, me di cuenta de que me hacía falta un dedo, la mitad de una oreja y un ojo: mi ojo derecho. La nariz seguía en su sitio, aunque un poco más grande y sentí que los dientes me habían cambiado de posición.

Giré el cerrojo y entré tambaleándome, buscando a tientas mi teléfono móvil para llamar a una ambulancia. Sangraba profusamente. También me costaba trabajo respirar.

Al llegar a mi cuarto, de la manera más cómoda que jamás hubiera podido imaginar, encontré a mi perro echado en mi cama, mirando la pantalla brillante del televisor. Junto a él estaba el control remoto y a medio metro mi celular. Me deslicé despacio, a gatas, por la alfombra, e intenté estirarme lo suficiente para tomar mi teléfono sin interrumpir al animal. Pero mi perrito se puso de pie y comenzó a menear la cola con agrado.

Yo me le quedé mirando fijamente y sentí cómo nuestras almas se conectaban a la vez.

Acercó su hocico a mi rostro.

Entonces, por alguna razón que todavía no logro comprender, alargué mi cuello, abrí la boca, saqué mi lengua y se lo lamí.